

cho, claro estaba que le habia de dar todo lo que se requería para tan alta dignidad. Si un rey casase con una doncella de baja suerte, como lo hizo el gran rey Asuero con Ester (f), cierto es que juntamente con el título de reina le habia de dar todo lo que pertenecía á aquella dignidad real. Pues como el Hijo de Dios desposase consigo aquella sancta humanidad con muy mas estrecha union y vínculo que hay entre los casados, de cuyo estado que la habia de sublimar y engrandecer con todas las riquezas y gracias que para esto eran necesarias. Pues conforme á esto decimos que fueron tantas las riquezas, y tesoros, y poderes; tantos los dones, y gracias, y hermosura que fué dada á esta esposa del Rey soberano, que si pusiéramos á una parte la hermosura de todos los ángeles, y querubines, y serafines, y de todo cuanto Dios tiene criado en cielos y tierra, y cuanto mas su infinita potencia puede criar; y en otra sola esta sagrada humanidad, aquí se hallarán sin comparacion mayores riquezas, mayores gracias, mayor dignidad y hermosura que en todo lo otro junto: ántes digo que todas estas gracias y hermosuras no resplandecerían mas ante la desta sagrada humanidad, que las estrellas en presencia del sol. Y siendo esto así, no solo no fué ignominia, sino grandísima gloria, juntarse con nuestra humanidad, aunque fuese tan baja por naturaleza; porque en eso mostró él la grandeza de su poder, en levantar tanto por gracia lo que tan bajo era por naturaleza. Lo cual vió en espíritu aquel sancto rey y profeta cuando dijo (g): El Señor ha reinado y se ha vestido de hermosura, y ceñido de virtud. Y todo esto se infiere en consecuencia necesaria, despues de fundada y probada la divinidad del rey Mesías, como arriba la probamos.

Juntad con esto, que si este Señor por vestirse de nuestra humanidad dejara de ser lo que era, ó adquiriera algo de nuevo que él no tuviese, ó fuera por alguna via forzado á hacer lo que hizo, pudiéramos poner aquí alguna nota de ignominia. Mas nada desto se puede decir; porque haciéndose él lo que no era, no dejó de ser lo que era, pues es imposible dejar Dios de ser Dios. Ni tampoco adquirió por esto algo de nuevo; pues en aquella altísima y simplicísima substancia no puede haber accidente. Ni tampoco fué forzado á hacer lo que hizo; pues no tiene aquel supremo Señor quien le pueda forzar á nada. Mas él por solas las entrañas de su infinita misericordia y bondad quiso vestirse deste nuestro hábito por los inestimables frutos y provechos que por este misterio nos vinieron, de que ya tratamos. Esto se ha dicho aquí brevemente. Arriba se trató mas por extenso esta materia, procediendo por toda la vida del Salvador, y declarando por toda ella cuán llena y acompañada de gloria fué aquella humildad y humanidad que por nuestra causa tomó.

C. No hay entendimiento que no quede rendido y convencido con el fundamento tan claro desta verdad. Los maestros de los hebreos que en un tiempo me enseñaron, ó por mejor decir, me engañaron, aunque niegan la divinidad del Mesías, todavía confiesan ser grande y admirable su dignidad. Y así aquellas palabras que Dios dice por Esaiás (h): Mirad que mi siervo será ensalzado, y levantado, y sublimado; glosan ellos desta manera: Será ensalzado mas que Abraham, y levantado mas que Moises, y sublimado mas que los ángeles. Y si los mi-

(f) Esth. 2. (g) Psalm. 92. (h) Esai. 52.

serables abriesen los ojos, y conociesen la divinidad del Salvador tan claramente testificada en las Escrituras, fácilmente creerían todo lo demas que aquí habeis dicho.

Mas deseo saber qué frutos se siguieron desta tan grande obra; porque hacerse Dios hombre no habia de ser para pequeñas cosas, sino para muy grandes.

M. Los frutos que de aquí procedieron, podrá contar quien contare las estrellas del cielo: de los cuales algo tratamos ya. Mas agora no quiero declararos mas que uno. Para lo cual habeis de saber que la summa de toda nuestra cristiandad y felicidad consiste en la caridad: que es en unir nuestro espíritu por amor con Dios, y hacernos una cosa con él. Esto tenia dos grandes dificultades: una era la alteza de aquella purísima y altísima substancia, infinitamente levantada sobre todo lo criado, y otra la grosería de nuestra naturaleza, tan subjecta á estos sentidos exteriores, que no puede entender sino lo que entra por ellos, y apenas puede amar sino lo que conoce por ellos. Pues como sea tan grande la rudeza de la mayor parte de los hombres, que con dificultad se podían acomodar á amar un espíritu tan alto, y tan desproporcionado con el suyo (porque el amor amasa de tal manera los corazones que de dos hace uno), buscó para esto remedio aquella infinita bondad y sabiduría, acomodándose á la capacidad de su criatura, y vistiéndose de su misma naturaleza, y cubriendo el resplandor de su gloria con el velo de nuestra carne: para que, como dice Sant Bernardo (i), el hombre toscó y rudo que no se podia aplicar á amar sino carne, hallase en aquella sacratísima humanidad, y carne, y en todas las obras della, grandísimos estímulos y motivos de amor. Remedios es éste de que suelen usar los médicos con los dolientes que tienen hastío de los manjares saludables. Porque en este caso envuelven los provechosos con los que les son mas gustosos. Y con esta invencion hacen que el doliente coma lo que le conviene. Bien creo que entenderéis la aplicacion deste ejemplo al propósito que tratamos, y por eso le dejo á vuestra discrecion.

Mas otro ejemplo os quiero yo agora poner, que me da grande consolacion todas las veces que lo pienso. Escriben Suetonio Tranquilo, y Cornelio Tácito entre las crueldades de Neron una muy horrible. Dicen que en las fiestas públicas mandaba echar los lebreles á los sanctos mártires, para que los despedazasen. Mas como los lebreles no tocasen en ellos, usaba el cruelísimo tiranno desta invencion, que mandaba vestir los cuerpos desnudos de los sanctos, de pieles de fieras, para que á los lebreles, acostumbrados á esta montería, creciese el coraje, y los acometiesen con mayor braveza. ¿Qué dirémos aquí, hermano? ¿Qué será razon que sintamos? Muy mas piadoso es nuestro Criador, que Neron cruel; y mas sabio para buscar invenciones para hacernos bien, que aquel tiranno para hacer mal. Pues si este buscó esta invencion para encender el furor y rabia de los perros contra los hombres, mucho mas convenia á aquella inmensa bondad buscar invenciones para encender los corazones de los hombres en el amor de Dios. Y por cuanto ellos por su gran rudeza no arrostraban á amar á Dios puro y desnudo de carne, vistiósse él desta misma carne, para que los que no sabían amar sino carne, hallasen en él tantos motivos de amor, cuantos

(i) Ser. 3. in Nat. Domin. et in Epiph. serm. 1.

pasos dió él por ellos en esta vida, vestido desta misma carne. Y el fruto desto nos muestra la experiencia en todas las ánimas devotas: las cuales andando como abejas por todas las flores de los misterios de la vida y muerte del Salvador, desde el pesebre hasta la Cruz, cogen de ahí miel de suavísima devocion, con la cual reciben pasto de vida, y crecen mas en el amor de aquel Señor que tales pasos por ellos dió. Estas pues son aquellas invenciones que manda Esaiás notificar al mundo, cuando dice (k): Predicad en los pueblos las invenciones que Dios buscó para nuestro remedio; y acordáos que es muy alto su nombre. Como si dijera: A tan gran bondad y misericordia como es la suya, tales obras y invenciones convenian. Por tanto, hermano, cuando oyéredes este nombre *Jesus* (que es nombre de hombre) no habeis de concebir solamente hombre, sino Dios infinitamente amable; mas vestido y ayuntado con nuestra humanidad, para que así lo pudiésemos mas fácilmente conocer, amar y imitar: que son tres cosas en que consiste la summa de toda nuestra felicidad. Y por tanto cuando oyéredes nombrar este glorioso nombre, inclinad devotamente no solo la cabeza, sino mucho mas el ánima y el corazón. Este es pues uno de los frutos, entre otros muchos, que se siguieron del misterio de la sancta Encarnacion.

C. Dios os pague, Maestro, esa invencion que vos tambien buscastes para darme á sentir el beneficio de la encarnacion del Hijo de Dios. Porque con ella me habeis dado unos ojos amorosos con que sépa yo de aquí adelante mirar ese Señor. Mas ya que tambien habeis fundado la dignidad y gloria de la sagrada humanidad, declarad agora cómo en la pobreza, aspereza y humildad de la vida dese Señor, está tambien encerrada otra grande gloria. Mas porque tengo hoy bien que rumiarme en lo dicho, quedará esta materia para el dia de mañana.

#### DIALOGO V.

Que trata de la pobreza y humildad con que el Salvador vivió en el mundo.

#### CATECÚMENO.

Bien sabeis, Maestro, cuán dulce es para las ánimas que están dispuestas, el manjar de la palabra de Dios. Lo cual experimentaba muy bien aquel sancto Rey, cuando decía (a): ¡Cuán dulces son, Señor, para mi garganta vuestras palabras! Mucho mas dulces son que la miel para mi boca. Por esto creo que no extrañaréis mis importunas preguntas acerca de nuestros misterios. Y como ladrón de casas puedo decir que una de las cosas en que tropieza esta gente ciega, es la pobreza, aspereza de vida y humildad en que el Salvador vino al mundo. Porque esperaban ellos un Mesías mas rico que Salomon, y mas poderoso y victorioso que Julio César ó Alejandro Magno; y que este los habia de hacer tambien ricos y grandes señores.

Y como ven agora todo lo contrario en la vida del Salvador, que fué tan áspera, tan pobre y tan humilde, vienen á ofenderse, y padecer el escándalo que sabeis.

Maestro. ¡Oh cuánta diferencia hay, hermano, entre el juicio de los hombres espirituales y de los carnales (b)! ¡Oh con cuánta razon dijo el Apóstol (c) que el hombre animal no entendía las cosas del espíritu de Dios! Digo esto, porque aunque Cristo sea hermosísimo en todas

(k) Esai. 12. (a) Psalm. 118. (b) 1. Cor. 1. (c) 1. Cor. 2.

sus obras, no ménos lo es en esta que á los ojos de carne parece oscura y fea. Y digo hermosa, porque la verdadera hermosura en las cosas espirituales es la proporcion y consonancia que tienen entre sí, y entre los medios con los fines á que se ordenan: lo cual veréis agora por lo que diré.

Mas para esto habeis de saber que la primera raiz y fuente de cuantos pecados se cometen en el mundo, es el amor desordenado de sí mismo. Porque esto es, como dice Sant Augustin (d), el que edifica la ciudad de Babilonia: que es la congregacion de los hijos de confusion y de perdicion. Ca deste mal amor nacen otros tres amores, que son causadores de todos los males del mundo: conviene á saber, amor desordenado de honra, y de hacienda, y de deleites. Sino, ponéos á contar; cuántas maneras de males, cuántas guerras, cuántos bandos y disensiones, cuántos odios y invidias habrá causado en el mundo este amor de honra cuando se desmanda y desordena! Pues ¿qué diré del amor excesivo de la hacienda, la cual dice el Apóstol (e) que es raiz de todos los males? Y ¿qué diré del apetito de los deleites? ¿De cuántos insultos, y adulterios, y regalos, y gastos excesivos es causa! Mas ¿para qué me pongo á contar en particular estos males, pues vos sabeis que todos los enjambres de vicios, y todas las invenciones de pecados y maldades de los hombres perversos nacen destas tres pestilenciales raíces (f)? Pues segun esto, si una de las principalísimas cosas que el Salvador pretendía en su venida era desterrar los pecados del mundo, como toda la Escritura testifica (g), ¿qué habia de hacer, sino poner el cuchillo á la raiz de todos estos males, condenándolos con el ejemplo y autoridad de su persona y de su vida sanctísima? Pues por esta causa convenientísimamente escogió la pobreza, para desterrar del mundo la cobdicia; y la humildad, para confundir nuestra soberbia; y la vida áspera y trabajada, para condenar la desorden de nuestros regalos y deleites. Pues ¿qué otra traza y manera de vida pudiera venir mas á propósito para este fin, que esta?

Mas pasa aun el negocio mas adelante; porque no solo sirve la mortificacion destes tres malos amores para cortar las raíces de todos los pecados, sino tambien para llegar á la cumbre de todas las virtudes, y alcanzar por esta via la felicidad y bienaventuranza que en esta vida se puede alcanzar. Porque cierto es que el centro de nuestra felicidad, donde el ánima tiene cumplido reposo, es Dios; y tambien es cierto que lo que la detiene para no llegar aquí, son las cadenas de las aficiones desta vida, que son estos tres malos amores que dijimos: los cuales tienen presa, y no la dejan subir á lo alto (donde está su felicidad), porque estas siempre tiran por ella, y la abaten á las cosas de la tierra. Pues si ella se viere suelta destas prisiones, no habrá cosa que la detenga y embarace en esta subida. Porque así como si quitáredes á la piedra que está detenida en lo alto las cosas que allí la detienen, ella luego por sí misma caerá, y descenderá á lo bajo (que es su lugar natural), así tambien (como Dios sea, segun dijimos, el centro y último fin de nuestras ánimas, las cuales están captivas y

(d) Aug. in Psalm. 26. enarr. 2. non long. á fin. tom. 8. et de Civ. Dei, lib. 14. cap. 28. tom. 5. et in Apocal. Hom. 15. 16. Append. tom. 9. (e) 1. Timot. 6. (f) 1. Joan. 2. (g) Num. 35. Esai. 55. etc. Psalm. 114. Osee 13. Habac. 3. Mat. 9. Marc. 2. Luc. 5. Rom. 5. etc.

presas con las aficiones y cuidados de las cosas terrenas), quitadas estas de por medio, luego el ánima como substancia espiritual, hecha á imagen de Dios, caminará derechamente á él como á su centro y último fin, en quien se halla cumplido reposo, entera paz y verdadero descanso; aunque esta subida no se hace sin el favor sobrenatural de la divina gracia. Pues siendo esto así, ¿qué otra manera de vida había de escoger aquel Señor que venia á santificar y beatificar los hombres, sino esta que hemos dicho, pobre, humilde y trabajosa; para que en ella viesen los amadores de la perfección, y de la verdadera felicidad, que han de caminar por esta vereda que el Salvador caminó, amando la humildad, deseando la pobreza y abrazando los trabajos, sin los cuales nadie llega á la cumbre de la perfección? De modo que estas tres virtudes, demas de ser cuchillo de todos los vicios, son también tres firmísimas columnas sobre que se arma todo el edificio de las virtudes. En lo cual veréis el engaño de los miserables que esperan Mesías lleno de riquezas y deleites, como otro Salomon; y por esto no quieren creer en Cristo pobre, humilde y lleno de trabajos. Yo digo por el contrario, que si así no viniera, no lo creyera; porque no venía de la manera que convenia para el fin que pretendia, que es enseñarnos por su doctrina, y mucho mas por su ejemplo, el camino de la verdadera sanctidad y felicidad, que es el susodicho. En lo cual se ve cuán ciegos están los que creen lo contrario, por no conocer la dignidad y excelencia de los bienes espirituales, y cebarse con la apariencia de los temporales.

## §. I.

Aquí se trata en particular de la pobreza de Cristo nuestro Señor.

Mas porque de la humildad del Salvador tratamos adelante, aquí quiero tratar un poco de la pobreza y aspereza de su vida sanctísima. Y lo que agora puedo aquí decir, es confesaros que me da gana de llorar cuando veo una tan extraña rudeza, como es esperar salvador de cuerpos, y dador de bienes temporales, siendo estos tan viles y bajos, y tan indignos de nombre de bienes; y no hacer caso de los bienes espirituales, que son bienes divinos, y tanto mas nobles que los del cuerpo, cuanto es el ánima mas noble. Pero en esto veo lo que los filósofos dicen, que cada uno mide su felicidad con su deseo. Y así el doliente tiene por summo bien la salud, el ambicioso la honra, y el capitán la victoria, y el cobdicioso al dinero. Y desta afición tan desordenada nace no tener este otro Dios, sino el dinero, ni desear salvador, sino para que le mate esta hambre, y le hincha de dinero. ¿Qué cosa es el oro y la plata (si no cae en buenas manos) sino materia y veneno de mil pecados? ¿No sintió esto un poeta gentil, y hartó profano (h)? Ya (dice él) comenzó el hierro á destruir y hacer guerra al género humano; pero mas cruel guerra le hace el oro. Y añade mas: que con la cobdicia deste metal, llegaron los hombres á las entrañas de la tierra buscando las riquezas que la naturaleza había escondido par de las sombras del infierno; las cuales dice que son cebo y nutrimento de todos los males. Y que esto sea verdad, véase por el estrago que han hecho en todas las repúblicas donde ellas entraron. Muy celebrada fué la república de los lacedemonios, con quien hizo alianza Jonatas, summo sacerdote, para ampararse con ella, como se escribe en el li-

(h) Ovidio.

bro de los Macabeos (i). La cual habiendo florecido mucho en Grecia, así en las artes de la paz como de la guerra, vino finalmente á descaer despues que vinieron á tenerse en precio las riquezas. Pues ¿qué diré de la república romana que tanto tiempo señoreó el mundo? ¿No escriben todas las historias que la mucha prosperidad y abundancia de riquezas acarreó todos los vicios á Roma? ¿No dice Tito Livio que por esta causa habian llegado los romanos á tan grande extremo de males, que ya ni podian ellos sufrir sus vicios, ni tampoco sus remedios? ¿No escribe lo mismo Salustio en el prólogo de su Catilinario? Pues el poeta satírico (k) despues de haber referido en la sexta sátira las torpezas abominables de los vicios de Roma, pregunta de dónde habian procedido tantas monstruosidades de vicios; y viene á concluir que ningun linaje de vicios faltó despues que la pobreza antigua de Roma se perdió. Pues ¿qué mayor argumento queremos para ver el peligro de las riquezas, que este? Para hinchirnos de bienes tan peligrosos ¿había el Mesías de venir al mundo? Pues para la felicidad que en esta vida se puede alcanzar, dice Aristóteles que mas sirve la mediana posesion deste linaje de bienes, que la abundancia dellos. Lo cual confirma Salomon hablando con Dios por estas palabras (l): Dos cosas te he pedido, Señor, no me las niegues ántes que muera. No me des riquezas, ni pobreza; sino lo que bastare para mi mantenimiento. Pues siendo esto así, ¿cómo había de venir Cristo á dar lo que el Espíritu Sancto por boca deste tan gran sabio como cosa peligrosa desecha? Las riquezas confieso que son cosas indiferentes para bien y para mal. Mas como los hombres por la mayor parte sean mas inclinados al mal que al bien, de aquí es serles las riquezas ocasion de muchos males, mayormente de soberbia, de presumpcion, de ambicion, de estima de sí mismos, de menosprecio de los otros, de olvido de Dios, de confianza mas en sus riquezas que en él, de mayores delicias y regalos de su carne, de inhumanidad para con los miserables, por no saber qué cosa sea miseria: como aquellos de quien dice el Profeta (m) que bebiendo en tazas de plata, y llenos de ámbar y de olores, no tenían compasion de la pobreza de Josef. Pues ya ¿qué palabras bastarán para contar las crueldades, las traiciones, y los robos, y maleficios, y las muertes de hermanos y padres que ha causado la cobdicia del dinero? Por donde con mucha razon exclamó aquel noble poeta diciendo (n): ¡Oh hambre sagrada del oro, ¿qué males hay á que no fuerces los corazones de los mortales? Y llama á esta hambre sagrada, para dar á entender que han de huir los hombres della, así como recelan tocar las cosas sagradas. Pues el peligro que consigo traen las riquezas, declara el Eclesiástico por estas palabras (o): Bienaventurado el varon que no se fué tras del oro, ni puso su esperanza en los tesoros del dinero. ¿Quién es este, y alabarle hemos? porque hizo maravillas en su vida. El cual siendo probado en el dinero, fué hallado en esta parte perfecto. Porque pudo traspasar las leyes de Dios, y no las traspasó; y pudo hacer mal, y no lo hizo. Todas estas palabras dan á entender los peligros que se siguen de la abundancia del dinero. Por donde muchos filósofos hubo que sin tener lumbre de fe conocieron los daños y desasosiegos que traian consigo las riquezas, y las vinieron á despreciar. De nuestros filósofos no traigo ejem-

(i) 1. Mach. 12. (k) Juvenalis. (l) Prov. 30. (m) Amós. 6.

(n) Virgil. (o) Eccl. 31.

plos; porque notoria cosa es que la primera cosa que hacian los sanctos, era renunciar todas las riquezas del mundo, y con ellas los cuidados y obligaciones que traen consigo: para que libres desta carga, estuviesen hábiles para emplear todos sus cuidados y pensamientos en Dios. Lo cual es tan necesario para los que anhelan á la perfección, que dijo el Salvador (p): Si el hombre no renunciare y despidiere de sí todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo. Lo cual es en tanta manera verdad, que como escribe Filon, nobilísimo autor entre los judíos, de quien muchas veces hacemos aquí mencion, los fieles de su nacion que habian creído, y vivian una vida sanctísima par de Alejandría, la primera cosa que hacian era despedir de sí todas sus haciendas y bienes temporales, para sacudir juntamente con ellos la solicitud y cuidado de gobernarlos; para que desapoiados destos lazos, pudiesen libremente volar á lo alto con sus pensamientos y deseos. Y lo mismo hicieron los fieles de la misma nacion que habian creído en Hierusalem (q): los cuales vendian todas sus posesiones, y ponian el precio dellas á los piés de los apóstoles para que lo repartiessen con los pobres. Pues segun esto, ¿cuán lejos estaban estos sanctos varones de desear Mesías para que los enriqueciese, pues ellos por su propia voluntad se desposeian de todas sus riquezas para entregarse del todo al estudio de la perfección? Pues ¿quién no verá (siquiera por este ejemplo) cuán grande sea la ceguedad de los que esperan y desean Mesías terreno y temporal? Pues ¿qué linaje de bienes son aquellos que para seguir la perfección de la vida han de ser despreciados como un grande embarazo, y carga, y impedimento para ella? Y ¿cuál es el juicio de aquellos hombres que esperan y desean la venida del Mesías para que los lincha destos impedimentos y embarazos? ¿Cómo para este fin comenzó Dios desde el principio del mundo y por todas las edades siguientes á prometer este Salvador por boca de tantos profetas, con tan grande resplandor de palabras, y con tan grandes encarecimientos de las gracias y mercedes que había de hacer al mundo, convocando los montes, y los collados, los árboles, y los rios, y los mares, y finalmente todas las criaturas (como se ve en el salmo 97) para que todas se alegrasen, y cantasen alabanzas á Dios (r), y diesen palmas con las manos por la venida deste nuevo rey, si su venida no era para mas que para linchirnos de bienes que se acaban con la vida, y muchas veces estragan la misma vida? ¿Qué necesidad había de tan grande aparato de palabras y promesas para cosa tan pequeña? Y si confesamos que el Mesías era verdadero Hijo de Dios, ¿cómo había de bajar una tan alta persona del cielo á la tierra vestido de carne humana para cosa tan pequeña? ¡Oh gente ciega y miserable, que no sabe estimar otros bienes, sino estos que se ven con ojos de carne! Y si este tan grande Señor venia á enriquecer y engrandecer al mundo, ¿qué riquezas hay mayores que bienes de gracia y gloria, para que los unos no hagan en la vida presente buenos, y los otros en la advenidera bienaventurados? Pues estos son los bienes dignos de tal Salvador, y dignos de la liberalidad de tal prometedor, y dignos de todas aquellas tan magníficas palabras y promesas con que fueron predicados y profetizados. Por donde no ménos yerran los que esperan Mesías temporal, que los moros en esperar paraíso sensual. Y por eso no ménos habemos de reprochar y

(p) Luc. 14. (q) Act. 4. (r) Psalm. 46.

despreciar el Mesías de los judíos, que el paraíso de los moros; pues lo uno y lo otro es tan vil y tan bajo.

## §. II.

Agravio que hacen á la misma dignidad y bondad del Mesías los que así le esperan.

Y demas de lo dicho, los que esperan este Mesías temporal que con grande poder y fuerza de armas ha de conquistar el mundo, le hacen una tan grande ofensa, que sin dubda no la podré referir sin mucho temor y vergüenza. Porque los tales (cuanto es de su parte) hacen á este tan grande Señor semejante al falso profeta Mahoma. Ca este hombre perverso en su Alcoran, en el capítulo del espada, dice que fué enviado de Dios á dilatar aquella ley por el mundo, no por milagros, ni por razones, sino por armas. Por do parece que los que esperan Mesías temporal y guerrero, hacen á este Señor semejante á este hombre malvado y derramador de sangre humana. Y desta manera declaran aquel postrer verso del salmo 109 que dice: Del arroyo bebió en el camino; diciendo que sería tan grande la matanza de los hombres que moririan en sus batallas, que los arroyos irian corriendo sangre humana, y que él beberia destos arroyos: queriendo declarar por esto el grande gusto y contentamiento que recibiria de ver tanta sangre derramada. ¡Oh sangriento y carnicero Mesías! ¡Oh hombre desnudo de toda humanidad, que tan propia es de la naturaleza humana! Cuentan los historiadores de los gentiles dos grandes prodigios que hubo en el mundo: el uno fué el cruel Annibal, el cual viendo un foso lleno de sangre humana que él había derramado en una batalla, tomó desto tan gran contentamiento, que dijo: ¡Oh hermoso espectáculo! El otro fué Valesio, procónsul de Asia, el cual habiendo hecho degollar en un dia cuatrocientos hombres, dijo: ¡Oh cosa real! Pues díganme agora, no ya los hombres, sino todas las criaturas insensibles, ¿qué cosa mas fea, mas aborrecible y mas cruel se pudiera atribuir á aquel Señor á quien Esaías llama Cordero (s), y Daniel el Sancto de los sanctos (t)? ¿Qué cosa mas ajena de la verdadera sanctidad que tan grande crueldad, como quiera que la Escritura diga que es proprio de los sanctos tener compasion aun de las bestias? (v) ¿Cuánto mayor gloria es del verdadero Mesías venir lleno de misericordia para salvar los hombres, que de ira y saña para destruirlos? Conforme á lo cual creemos y confesamos que la primera venida deste Señor es toda llena de misericordia, para redimir los pecadores: así como la segunda será de justicia, para castigar los rebeldes (x). Lo cual declaró el Señor, no solo con tantas obras de misericordia como hizo andando por el mundo; sanando todos los enfermos y curando los endemoniados; sino particularmente pasando por Samaria, donde no le quisieron recibir, ni proveer de mantenimiento. Por lo cual indignados agramente los discípulos dijeron (y): Señor, ¿quereis que mandemos que venga fuego del cielo, y quememos estos hombres tan inhumanos? A los cuales respondió el mansísimo Cordero: No sabeis cual sea el espíritu que mora en vosotros. El Hijo de la Virgen no vino á matar los hombres, sino á salvarlos.

*Catecímene.* Estoy tan persuadido por estas razones desta verdad, que me espanto de mí mismo cómo pude creer en un tiempo cosa tan contraria á la bondad y sanctidad dese nuevo Rey. Mas deseo saber de dónde

(s) Esai. 53. (t) Dan. 9. (v) Prov. 12. (x) Luc. 9. (y) Ibid.

haya procedido un error tan grosero, que siendo los bienes espirituales sin comparacion mas excelentes y divinos que todos los otros, esperen Mesías guerrero que los enriquezca con estos bienes temporales, que son communes á buenos y malos, y por la mayor parte son ocasion de los males que aquí habeis referido. Lo cual sintió tanto el Eclesiástico, que dijo (z): Hijo, no trabajes mucho por allegar riquezas; porque si fueres rico, no estarás libre de pecado. Y esto dice, no porque de su naturaleza las riquezas tengan anexo el pecado, sino por ser ellas muchas veces materia y ocasion dél. Por lo cual dijo el Apóstol (a), que los que deseaban ser ricos caían en tentaciones y lazos del enemigo, que llevaban los hombres á la muerte y á la perdicion; por ser la cobdicia raiz de todos los males.

M. Ya os dije al principio, que de ser los hombres muy aficionados á estos bienes (si así se pueden llamar) sensuales y visibles, y no haber experimentado otros mas excelentes (que son los espirituales y divinos), vienen á estimar esos en tanto precio. Y porque el dinero es medio para alcanzar esos bienes (pues como dice el Sabio (b), todas las cosas obedescen al dinero), de aquí procede serle los hombres tan aficionados, que lo hacen su dios. Por lo cual dijo el Apóstol (c), que la avaricia era servidumbre de ídolos. Tambien procede este error de entender mal las sanctas Escrituras. Porque en ellas se denuncian dos venidas del Salvador al mundo: una con grande gloria cuando venga á juzgar el mundo; y otra con grande humildad, que fué cuando vino á redimirlo. Mas los hombres carnales pervierten de tal manera las Escrituras, que lo que pertenece á la segunda venida atribuyen á la primera; y por eso esperan Mesías rico y poderoso, como á uno de los monarcas del mundo. Tambien toman ocasion para engañarse del lenguaje de los profetas, que comunmente representan la excelencia de las cosas espirituales por la de las cosas corporales: para que por la dignidad y excelencia de las cosas que vemos, conozcamos la de las que no vemos. Lo cual se ve á cada paso en las Escrituras de los profetas. Y por esto queriendo ellos encarecer las riquezas y tesoros inestimables de la gracia que se nos habia de dar por este Señor, y la alteza y hermosura de su Iglesia, y la fortaleza de sus capitanes y caballeros (que eran los sanctos mártires que la defendian), y la gloria con que habia de triunfar de los príncipes y monarcas del mundo, derribando y poniendo por tierra sus ídolos, y no descansando hasta poner en sus altares el estandarte real de la sancta Cruz; y sobre todo esto la caída del Príncipe de las tinieblas que en todo el mundo era adorado: cuando todas estas cosas profetizan, vístelas de comparaciones de cosas grandes y magnificas, para que por este medio entendamos mejor la majestad y grandeza destas cosas. Desta manera David, hablando con este Señor, dice (d): Cíñete, oh Señor potentísimo, de tu espada sobre tu muslo. Donde por espada entiende la virtud y fortaleza de su espíritu, con que este Rey sojuzgó al mundo. Y desta misma espada hace mencion Esaiás, diciendo (e): En aquel dia desenvainará el Señor su espada fuerte y dura contra Leviatan, serpiente grande y enroscada, y matará á la ballena que está en la mar. Pues por estas metáforas tan ilustres declara el profeta (f) la victoria de Cristo contra el demonio, príncipe deste

(z) Eccl. 11. (a) 1. Tim. 6. (b) Eccl. 10. (c) Coloss. 3. (d) Psalm. 44. (e) Esai. 27. (f) Luc. 11. Joann. 12.

mundo, á quien echó fuera dél. Y para declarar mas la grandeza deste poder, vuelve el profeta las palabras á este mismo Rey, diciendo (g): Levántate, levántate: vístete de fortaleza, brazo del Señor. Levántate como en los dias antiguos, y en las generaciones de los siglos (h). ¿Por ventura no eres tú el que derribaste al soberbio, y heriste al dragon? Cuán grande haya sido esta batalla, y cuán admirable esta victoria, no hay palabras con que se pueda explicar. Porque es cierto que dende que Dios crió el mundo, nunca hubo batalla mas sangrienta, mas reñida ni mas porfiada, y donde mas sangre de mártires se derramase que esta; porque aunque la persecucion del Anti-cristo haya de ser muy grande, mas, como el Salvador dice (i), ha de durar poco tiempo, y no ha de ser mas que de un solo Anti-cristo; mas esta fué de diez Anti-cristos (esto es, de diez emperadores romanos, enemigos y perseguidores de Cristo (k), figurados por los diez cuernos que Sant Juan vió en la cabeza de aquel dragon sangriento), los cuales á fuego y á sangre, y con otras mil invenciones de tormentos, persiguieron la Iglesia por mas de doscientos años. Y en cabo nuestro gran Rey y Capitan salió vencedor de todas estas batallas, derribando por tierra todos los templos y altares de los demonios, y subjectando á sí el imperio romano en tiempo del grande emperador Constantino; el cual con summa reverencia adoró á Cristo y le reconoció por su verdadero Dios y Señor, y con grande humildad y devocion honró sus templos y sacerdotes. Pues como los profetas llenos del espíritu de Dios veían la grandeza destas batallas, y la gloria y potencia deste tan grande triunfo, hablaban con estas metáforas y comparaciones de guerras, de capitanes, de victorias y triunfos de los enemigos y perseguidores de Cristo y de su Evangelio; porque no hallaban otras palabras mas ilustres con que pudiesen representar dignamente cosas tan grandes, sin embargo que entendían muy bien que ningunas palabras destas bastaban para explicar cosas tan grandes, y que todas las batallas campales del mundo eran como picaduras de mosquitos, comparadas con estas. Pues destas palabras y de otras semejantes (con que los profetas engrandecen el poder y las victorias deste nuevo rey contra toda la potencia del infierno y del mundo, que se opuso contra su Evangelio), tomaron ocasion los hombres carnales para creer que el Rey Mesías sería un Rey potentísimo, como aquellos emperadores que arriba dijimos. Mas á todas estas consideraciones hace ventaja la profecía de Zacarías en el capítulo ix, que expresamente dice que este nuevo Rey no ha de ser como los otros reyes profanos del mundo, ni ha de andar en carros triunfales, sino que ha de ser pobre, y entrar en su reino cabalgando en una asnila y en un su hijuelo. Y porque no pensásemos que no sería poderoso por ser tan pobre, añade luego que su poder será de mar á mar, y dende el rio hasta los términos de la tierra. Por tanto, ya que tenemos acerca desto tan claro testimonio del profeta, no hay razon para disputar, sino para llorar la ceguedad de la gente que con tan claro testimonio no se convence. Este testimonio de Zacarías es una candela de que el Espíritu Sancto nos proveyó para entender todas las metáforas y comparaciones de cosas corporales con que los profetas nos declaran la grandeza destas obras que el Salvador habia de obrar en el mundo. Porque supuesto que él habia de ser pobre (como tan clara-

(g) Esai. 51. (h) Psalm. 88. (i) Matth. 24. (k) Apoc. 17.

mente lo testifica este profeta), no hay razon para entender las grandezas de su reino corporalmente, sino espiritualmente. Si no, veamos: cuando en el salmo 44 (que todo habla deste nuevo Rey) dice: Asentóse la Reina á tu mano derecha con una ropa de brocado, hermoseada con muchas diferencias de colores, ¿quién dirá que esto se entiende á la letra como suenan las palabras, sino entendiéndolo por el ornamento destes atavíos corporales otros espirituales de virtudes con que la Iglesia (que aquí llaman Reina) agrada á los ojos deste soberano Rey y Señor? Lo cual no disimuló el Espíritu Sancto, cuando un poco mas abajo se declaró, diciendo: Toda la gloria de la hija del Rey está en lo interior della, donde está guarnecida con fajas de oro, y cercada de diversos colores. En las cuales palabras abiertamente da á entender que no trataba aquí de los arreos corporales, sino de los espirituales con que el ánima está en lo interior ataviada y hermoseada con la caridad (entendida por el oro) y con diversos colores: que es la variedad de todas las virtudes. Esto baste agora para la inteligencia de la condicion del verdadero Mesías.

C. Quanto á este artículo no tengo mas que preguntar. Mas porque no ménos se ofenden los amadores de sí mismos, y del regalo de sus cuerpos con la aspereza de la vida del Salvador, que con su pobreza; desto querria tambien que tratádeses, porque no quede nada á la prudencia del mundo en que tenga ocasion de tropezar.

#### DIALOGO VI.

De la aspereza y trabajos de la vida de nuestro Salvador.

#### MAESTRO.

Deso, que pedis se trata largamente en la tercera parte desta escritura. Mas para vuestra consolacion y instruccion tambien diré algo aquí; porque la materia es tan copiosa, que aunque muchas veces se trate, siempre hay cosas nuevas que decir. Pues para la inteligencia desto tomaremos por fundamento aquella muy comun regla y sentencia de filósofos, la cual es que la conveniencia de los medios se conoce por la proporcion que tienen con el fin á que se ordenan. Pues uno de los principales fines á que el Salvador vino al mundo, fué á santificar los hombres, y plantar en él, como dice el Apóstol (a), un pueblo acepto á Dios, seguidor de buenas obras: que es, amator de toda virtud y sanctidad. Pero esta virtud que en el estado de la inocencia (donde la naturaleza humana estaba pura y limpia) era muy fácil y suave, despues que ella se estragó y avinagró por el pecado, no carece de dificultad. Esto entenderá muy bien quien tuviere conocida la comun dolencia del género humano, que nos vino por el pecado. La cual de tal manera se extendió por todas las partes, así de nuestra carne como de nuestra ánima, que no dejó en ella cosa sana. Y esto nos representa muy al proprio aquel sancto Job (b) asentado en su muladar: el cual llagó el demonio dende la planta del pié hasta la cabeza, sin dejar en él cosa sana. Pues tal quedó el miserable hombre por el pecado; en el cual ninguna parte quedó exempta de corrupcion. ¿Queréislo ver? Discurremos por todas las partes y sentidos del hombre; y en los apetitos y inclinaciones que tienen, veréis la dolencia que padecen. Los ojos cobdician ver cosas que muchas veces les acarrearán la muerte. Los oídos quieren oír cosas placenteras y vanas,

(a) Tit. 2. (b) Job. 2.

y historias de vidas ajenas, y amohinanse si habláis cosas honestas y graves. La lengua quiere hablar y sacar á fuera todo lo que abunda en el corazon, y á veces reventaría si no desembuchase cuanto sabe; y por el contrario, esle muy penoso el silencio, y tener freno y rienda en las palabras. Pues, ¿qué diré del paladar? ¿Cuán amigo es de manjares curiosos, y sabrosos, y costosos? Pues la carne ¿qué quiere sino la vestidura blanda, y hermosa, y preciosa, y tal quiere que sea la cama, y la posada, y todo lo demas?

Dejemos al cuerpo y entremos en el ánima. La imaginacion (que es una de sus potencias) es como la tierra de labor, la cual dicen que huelga cuando la dejan llevar lo que ella quiere, que son cardos y espinas; y entónces dicen que trabaja, cuando la obligan á llevar trigo ó otra cosa semejante. Pues esto mismo en su manera se halla en nuestra imaginacion. Esta dolencia está en la parte inferior de nuestra ánima. Mas la parte superior, que es toda espiritual (do está el entendimiento y la voluntad) ¿qué tal os parece que está? Poned los ojos en los engaños de los mortales, en la infinidad de herejias, y en la diversidad de las sectas de los filósofos, contrarias unas de otras, y veréis cuán ciego quedó nuestro entendimiento para el conocimiento de la verdad: tanto, que hubo secta de filósofos los cuales dijeron que la verdad estaba sumida en un pozo, y que nadie la podia sacar de allí; puesto caso que en esto tambien se engañaron como en lo demas. Pues, ¿qué tal estará la voluntad que por tal adañ se rige? ¿Qué se espera de un ciego si guia á otro, sino que ambos cayán en el hoyo?

Mas sobre todas estas partes de nuestra ánima el apetito sensitivo (que tiene su asiento en nuestro corazon) está muy gravemente herido y maltratado. Porque ahí está el amor proprio, que cuando se desordena es principio de todos los males. Porque deste nace muchas veces el amor desordenado de la honra, y de la hacienda, y del deleite, con otras pasiones que andan en compañía destas, que son ira, odio, invidia, temor, osadía y desconfianza, y otras tales; las cuales (cuando se desordenan) son crueles tirannos que nos oprimen, cadenas que prenden, y verdugos que nos atormentan. Ellas perturbán la paz de nuestras ánimas, inquietan las consciencias, abátennos del cielo á la tierra, háccennos desabridos los espirituales ejercicios, apártannos el pensamiento de Dios, impídennos el cuidado de nuestra salvacion, y muchas veces nos hacen tener por Dios (c) la honra, y el dinero, y el vientre; cuando por el desordenado amor destas cosas no tememos ofender á nuestro Criador.

Pues segun esto, siendo tantas las dolencias de nuestra ánima, siendo tanta la contradiccion y repugnancia que dentro de nosotros mismos tiene la virtud, ¿qué será la vida perfecta que ha de pelear contra todo este ejército de enemigos valerosamente, y no dejarles salir con sus gustos y apetitos? ¿qué será, sino una continua batalla, como dice el sancto Job (d), una guerra mas que civil, una perpetua lucha del espíritu con la carne, una cruz y general mortificacion de todos sus apetitos y sentidos, cual es la de aquellos de quien dice el Apóstol (e): Los que son de Cristo, crucificaron su carne con todos sus vicios y cobdicias? Lo cual dice Sant Bernardo (f) que es un linaje de martirio mas blando que aquel que

(c) Philipp. 3. (d) Job. 7. (e) Gal. 5. (f) Super Cant. ser. 50. prop. fin.